Carlos Sirvent, el amigo

Octavio Rodríguez Araujo¹

El Dr. Carlos Sirvent y yo fuimos muy amigos aunque no siempre estábamos de acuerdo en muchas cosas. Pero esto, lejos de ser un obstáculo para nuestra amistad, la hacía más enriquecedora. Imposible reñirse con él, su carácter y su bonhomía no lo hubieran permitido; menos su acentuado y bien desarrollado sentido del humor, que practicaba siempre con fina ironía envuelta en su amplia cultura.

Compartíamos muchas inquietudes sobre el pasado, presente y futuro de México en el amplio espectro de la política, principalmente en relación con los partidos políticos y el ejercicio del poder. Cuando teníamos intercambios académicos, ambos, sin ponernos de acuerdo, dejábamos en el perchero nuestras cargas ideológicas y nuestras respectivas simpatías políticas. Era realmente reconfortante poder colocar en la balanza de nuestras críticas tanto a la gente y las organizaciones del sistema como a sus opositores. Y lo más sorprendente es que con frecuencia terminábamos coincidiendo. Carlos tenía su militancia, que nunca fue oculta y yo, a mi manera, también, y en el lado opuesto a la de mi amigo. Sin embargo, pudimos incluso trabajar juntos en varios proyectos, los más conocidos, porque se publicaron, fueron dos libros, uno en el que Sirvent fue el coordinador y otro en el que ambos fuimos autores, coautores en realidad.

Conocí a Carlos en 1976, en el Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Al principio tuve prejuicios ya que era egresado de la Universidad Iberoamericana, pero conocí su tesis sobre China y fue entonces cuando le comencé a tener respeto intelectual pues a China no le entra cualquiera, su complejidad no es para esquemas fáciles. Años después coincidiríamos en el mutuo interés por los partidos políticos y los procesos electorales y en él descubrí a un investigador

¹ Necrología leída en el Homenaje a Carlos Sirvent Gutiérrez en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, el 10 de marzo de 2009.

serio y ordenado, actividad que nunca abandonó a pesar de sus responsabilidades como funcionario en la UNAM o, en ocasiones, en la administración pública federal e incluso de partido.

Dos peculiaridades, entre muchas otras, quiero resaltar de Carlos Sirvent:

La primera tiene que ver con la persona: siempre fue un hombre presto a ayudar, en la medida de sus posibilidades, a quien se lo pidiera. Igual se tratara de una información difícil de conseguir en los tiempos en que, por ejemplo, los datos electorales eran casi secreto de Estado, que de favorecer a alguien que uno le recomendaba por sus méritos no siempre reconocidos en los meandros de la burocracia universitaria o del gobierno federal. Su disposición a hacer el bien sin mirar a quien, como dice el refrán, era proverbial pues no importaba si la persona que necesitara algo de él fuera de izquierda, de centro o de derecha. Si tenía mérito, hacía algo por esa persona, si no, suavemente le daba largas al asunto quizá con la esperanza de no tener que decir **no**. Mi impresión fue que no le gustaba decir no, aunque no siempre decía sí. Me consta que cuando a alguien le tenía que dar largas, en el momento en que él podía, aunque fuera años después, favorecía a ese o esa alguien, como si pagara deudas auto impuestas que se había visto obligado a omitir porque sus espacios de decisión no se lo habían permitido. Algo así como no te pude ayudar entonces, pero ahora sí. Y lo hacía.

La segunda peculiaridad que deseo resaltar es que nunca le importó la militancia política o la ideología de sus amigos. Eran o no eran sus amigos, fueran maoístas, comunistas, trotskistas, panistas, o lo que fueran. Él me presentó en una cena en su casa, hace muchos años, a quien hoy ocupa la Secretaría de Gobernación, y a nadie le preocupó que yo fuera marxista y Gómez Mont panista. Carlos y Marcela nos reunían y eso quería decir que todos éramos amigos. En el seno de la izquierda, que es la corriente que mejor conozco, no es difícil encontrar compañeros que se niegan a sentarse a la misma mesa con gente de derecha o con priístas.

Y a veces con compañeros que siendo también de izquierda pertenecen a otra corriente o partido, si se trata de militantes. Carlos Sirvent nunca hizo eso ni discriminó a nadie por su manera de pensar o su militancia política. Era, si se me permite decirlo así, ecuménico en el sentido más amplio del término, un hombre universal y, por cierto, un universitario de tiempo completo. Mencioné que era egresado de la Iberoamericana, pero la camiseta de la UNAM nunca se la quitó una vez que se la puso, valga la figura.

Las muchas veces que nos reunimos a cenar o a comer, a veces con nuestras respectivas esposas, siempre fueron reuniones inolvidables. Nos faltaba tiempo para nuestros temas de conversación, pero nunca faltó, en cambio, sentido del humor. No recuerdo una sola vez en que una de nuestras reuniones fuera con rostros adustos o como si nos tomáramos demasiado en serio, como quizá lo hagan dos diplomáticos en una conferencia en la cumbre en momentos de crisis. Tampoco era necesario que un tema delicado tuviera que tratarse entre nosotros como tal, con una cierta ceremonia y en un lugar específico de la conversación como suelen hacer los políticos profesionales. No. Si el tema delicado era preocupación de uno de los dos o de ambos, simplemente se hablaba de él, sin dobleces, directamente y de manera irreverente, casi como si se tratara de algo insustancial. Y si había que resolver un problema, y dependía de la acción de los dos, inmediatamente iniciábamos la tarea necesaria con plena confianza mutua. Cuando hicimos juntos un libro todo el proceso se deslizó sin brincos ni controversias. Cada quien entregó su parte y la editorial hizo el resto, porque también, cosa que no he dicho, había respeto y confianza intelectual.

En una palabra, Carlos Sirvent era un amigo, mi amigo entre otros de los suyos y de los míos. Su muerte, para mí prematura, la lamento y me duele, pero nuestra larga amistad está viva todavía..., ahora en el recuerdo.